



VIDAS PARALELAS

Francisco Tosi

VIDAS PARALELAS



Primera edición: septiembre de 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Francisco Tosi

ISBN: 978-84-10400-36-8

ISBN digital: 978-84-10400-37-5

Depósito legal: M-18545-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi paciente y amada esposa María Julia.
Para nuestra gran hija Eugenia Julia.*

PRÓLOGO

Plutarco, autor griego de época romana conocido antes como Plutarco de Queronea y luego romanizado como Lucio Mestrio Plutarco fue historiador y filósofo moralista en el primer siglo después de Cristo. Pero el tiempo pasa y las lecturas se van diluyendo en la simplificación de lo moderno. En *Vidas Paralelas* se pretende comparar la vida de celebridades de su época, habitualmente una griega y la otra romana para mostrar cómo en las dos penínsulas una, la primera fe hacia la decadencia y la otra a ser un imperio. Esta, en cambio es el alboroto moral de un contador y tantos compañeros de ruta. Un contador, nacido en Buenos Aires en el siglo veinte y que vive ahora en el veintiuno tiene muchas cosas en que pensar. Para colmo la familia respeta una curiosa tradición, para él. Coloca esos nombres extraños a sus hijos y nietos. Le tocó Plutarco como segundo nombre. Jorge Plutarco. Evidentemente tuvo curiosidad por la obra y se concentró en *Vidas paralelas*, las que llegaron a nosotros en parte. Nos llegaron veintitrés pares, no son biografías sino justamente vidas. Le gustaba especialmente la de Julio César y Alejandro magno. Algo también la de Coriolano por la potencia trágica de su situación, Cicerón y otros pocos. Finalmente, Jorge Plutarco mismo se ve envuelto o bien se envuelve en un escenario imprevisto, relacionado con su profesión primero y luego el delito después. El lavado de dinero. Su vida se lateraliza. Suceden cosas impensadas. Su esposa, María Segismunda, es psicóloga, como su segundo nombre lo hace sospechar. Ella también se deslizará en la vida paralela.

EL AUTOR, julio de 2022

CAPÍTULO PRIMERO: LA TRADICIÓN GRIEGA

Jorge P. nació entre Villa Lynch y José Ingenieros, a dos manzanas aproximadas donde en abril de 1956 se inauguró la cancha del club de fútbol Almagro. Exactamente veinte años antes que él naciera, el mismo día, el siete. Esta no era más que una coincidencia, porque poco tiempo después sus padres se mudaron, con el pequeño, a la Capital Federal como se llamaba antes a la ciudad autónoma de Buenos Aires. A su padre le gustaba mostrarlo como un avance social, y llamaba su nuevo hogar con mucho orgullo como ubicado en la República de Mataderos. A Jorge P. no le pareció una gran cosa ya que él iba seguido al club del cual ya era un hincha más y ya desde chico no le resultaba nada práctico cambiar de simpatías futboleras, trasladándose allí, en territorio de Nueva Chicago. Demostrando ya cierto carácter, se mantuvo como simpatizante de Almagro, pasando a ser, entre los hinchas futboleros, una minoría. Cosa que nunca le importó. Su padre, albañil, heredó la profesión del abuelo venido directamente desde Italia. Jorge P. solo tenía vagos recuerdos de aquel hombre que murió siendo él un joven de once años. Pero recordaba la importancia de ese episodio por dos cuestiones. Fue la primera vez que vio un muerto en persona, en directo, durante el velorio. La segunda cuestión es que, como consecuencia de la muerte de su abuelo, su padre, único hijo, ocupó esa casa en la capital. Resulta que el abuelo era un gran trabajador y en su estadía en el país había comprado un terreno y construido una casa de una planta sobre la

calle Bragado. El hombre era inteligente porque alcanzó a hacer el piso de loza para poder seguir construyendo, si bien no logró terminarla en vida. Entonces el padre de Jorge P. rápidamente terminó la construcción del primer piso, apenas más chico que la planta baja, dejando espacio para una terraza con una parrilla y cómodos dos ambientes y lugar para la viuda en la planta baja. Jorge P. era hijo único y la progenie parecía haberse detenido allí. El padre se llamaba Marcial y el abuelo llevaba el nombre numérico de Octavio, si bien era el hijo mayor. Con el tiempo y el estudio Jorge P. entendió que lo de Octavio era por el emperador Augusto y el nombre del padre era debido a un famoso poeta latino, proveniente de Hispania, porque nadie al parecer tenía información sobre esa tradición, aunque la respetaban a rajatabla. No les encontró la menor lógica ni relación a esas decisiones y de hecho no las había. Solo sabía que se repetían como nombres de familia, a través del tiempo. Su madre se llamaba Lavinia y se había conocido con su padre gracias a la intermediación de su abuelo que lo había casado con la hija de un paisano. También su madre llevaba ese nombre raro a cuestras, muy romano y simbólico. Ella siempre se reía de la sorpresa que causaba su nombre en el país donde vivían y se sabía de memoria una versión abreviada de la historia de la estirpe que la célebre Lavinia de la Antigüedad había formado con Eneas, nada menos que Roma. Jorge P. con el tiempo y las investigaciones históricas que hizo llegó a la conclusión que la relación era indirecta, porque el matrimonio del troyano Eneas con Lavinia era muy anterior a la fundación de Roma, para lo cual debían ocurrir todavía muchas cosas. ¿Pero a quién le importaba tanto detalle?

Efectivamente la cuestión de los nombres era solamente algo peculiar o entretenido para contar en alguna que otra reunión o corregir a algún funcionario que debiera transcribir algunos de esos peculiares nombres, pero él sentía en su interior esa tradición de nombres rimbombantes.

Jorge P. avanzó por su formación en el colegio y luego accedió a la universidad donde se graduó primero como economista. Sin

embargo, a los pocos años volvió a la universidad porque los conocimientos de la economía eran notables e importantes, pero consideró mejor y más práctico y crematístico dedicarse a lo microeconómico y se graduó también como contador, que llevaba adjunto el notable calificativo de «público». Así fue transcurriendo el tiempo y Jorge P. se puso a trabajar como contador independiente con gran entusiasmo. Olvidando, transitoriamente, a Plutarco y a los otros. Se matriculó en el Consejo Profesional de la Ciudad y con sus provechosos cursos de actualización no solo completó su formación sino se mantenía actualizado como pocos, dadas las endiabladas normas que en forma continua emitían en materia impositiva, contable y cuando no también financiera, los distintos estamentos del Estado nacional, provincial (ahora que la ciudad de Buenos Aires se asimilaba a una) y los municipios, especialmente de la provincia limítrofe.

Cuando llegó el virus covid-19 ya Jorge P., estaba casado con María Segismunda, con quien tenían dos hijos. La madre de María era psicóloga y evidentemente esperaba tener un hijo varón, en lugar de las dos mujeres que vinieron. A una la llamó Segismunda y a la segunda Carla. Por eso María usaba el primer nombre, preferentemente. Sin embargo, siguió la profesión materna y cuando tuvieron la primera hija con Jorge P., era inevitable que se llamara Ana, aunque convinieron que con una sola ene. El segundo fue un varón y todavía estaba vivo su padre, que, atento a que era el primer hijo varón, solicitó seguir la tradición. Jorge P. no entendía cuál era la lógica de los nombres y su adjudicación, pero obedeció para no generar problemas. El progenitor impuso el nombre de Héctor con las únicas opciones de Lucano o Lucrecio. Puesto en semejante opción recayó en Héctor y negoció como segundo nombre Aquiles. No sabía si era un logro o un error, como si fuera una contradicción. Su esposa le dijo que ya casi nadie leía la *Iliada* y a gatas recordarían la película *Troya*. Pero los dos sabían que no era eso lo que implicaba el segundo nombre sino la reconocida necrofilia del peleida hijo de Tetis. Hubo una breve discusión entre ellos,

incluyendo el sonado episodio con la reina de las amazonas, pero llegaron a la conclusión de que con el tiempo la gente olvidaría esos debates de historiadores decimonónicos y psicoanalistas clásicos. En todo caso era mejor que Héctor Aquiles decidiera por su cuenta. Así pasó el tiempo y no solo los nombres clásicos con su eventual carga anímica sino las restricciones de la emergencia sanitaria que trajo la peste moderna durante el año 2020 y 2021 pasaron a ser parte de la vida. También de la muerte. El padre de Jorge P., Marcial murió en un accidente laboral en febrero de 2020, y la madre fue una de las primeras víctimas justamente del covid. Una situación horrible. Así las dos plantas de la casa de Mataderos quedaron vacías, hace tiempo había muerto la abuela. Lo resolvió rápido. Tapió las ventanas y empezó a usar todo el edificio como archivo externo de su profesión. Jorge P. y María S. vivían en un sexto piso en Almagro, casi sobre la plaza y en el quinto lo usaban de oficina contable. Fue para esa época que Jorge, con toda seriedad, como hacía todo, se puso a estudiar con mayor profundidad y detalle el origen de su segundo nombre. Esa P. era nada menos que la del célebre: Plutarco. Algo extraño le ocurría con ese nombre o tal vez solo era la señal que estaba maduro para confrontarse con él. Por algo era una tradición de familia. Leyó con fruición *Vidas paralelas* y quedó impactado por la fuerza del pensamiento moral del griego. Le contó a su esposa, una noche, luego de una relación sexual particularmente apasionada. Ella, justamente le mostró como muchas veces los actos o lo que se llama la conducta no está relacionada sino en la profundidad de la experiencia vital, en la turbia realidad del inconsciente. La alusión a lo ardiente del sexo era evidente, pero nada tenía que ver con sus inquietudes morales vinculadas a su segundo nombre. Ella le dijo que podían ser inquietudes morales vinculadas a una realidad cercana, aunque no supiera cual podía ser o si no lo tenía claro podía iniciar una tarea interesante de terapia analítica con un buen terapeuta. Eso fue casi el final de la charla. Jorge Plutarco no le veía objeto a hacer tanta búsqueda con terceros y se lo dijo. Él le había visto la

pata a la sota. Ella sonrió y los dos se volvieron a besar, para luego ponerse a dormir. Él había encontrado un camino para acercarse a esa herencia y tradición. Lo iba a recorrer, aunque pensarán que estuviera loco.

Aprendió así por sus lecturas del famoso griego que muchos pequeños gestos demuestran el carácter mucho más que grandes episodios de la historia de esos mismos hombres. La noche previa a Filipi en donde morirían Casio y Bruto, la llegada de Antonio herido para esperar la muerte con Cleopatra, Pompeo Magno mirando la orilla de la playa donde al llegar sería degollado, en esos momentos de derrota se veía la fuerza moral de los personajes. El suicidio de Catón, la predestinación trágica y resignada de Julio César antes de su asesinato, a la vista de los senadores que antes lo vivaban. ¿Pero por qué estaba pensando en eso si él no estaba, en ninguna batalla ni momento clave? No tenía respuesta y tal vez tampoco la tuviera Plutarco si estuviera a su lado. O tal vez sí. Esas eran las *Vidas paralelas*. Pero algo se le había metido en la cabeza.

Jorge Plutarco llevaba una buena vida, con clientes fieles y buenos pagadores, con la seguridad que las normas y regulaciones serían cada vez más complejas con lo que tenía trabajo garantizado. ¡Otra que ser reemplazado por un robot! Pero Plutarco seguía llamándolo desde la profundidad de su mente. ¿O tal vez estuviera enloqueciendo por un efecto inesperado y desconocido del virus y no se daba cuenta? Se fue a hacer un test y salió negativo, no era el virus, sino que era él. Algo en su interior. Se puso a trabajar para terminar una pericia judicial. Iba a ser la última y se daba de baja, porque ocupaba mucho tiempo y no siempre lograba cobrar. Los trámites eran eternos. Estaba por terminar el reporte cuando se le ocurrió volver a revisar uno de los archivos digitales que eran parte de la pericia contable. Algo le llamaba la atención. Estaba revisando unos listados buscando uso registros, pero casualmente, leyendo el resto encontraba diferentes unidades en inmuebles y en algunos casos inmuebles, es decir edificios enteros a nombre de una sociedad que parecía una provocación. Se llamaba XYX.

Parecían las que se ponían como ejemplo en los ejercicios en la universidad o en los cursos del Consejo donde estaba matriculado. Le dio curiosidad. Llamó a un amigo que tenía en el Registro y, como favor, le pidió le averiguara si había más inmuebles a nombre de esa sociedad. No tenía que ver más que indirectamente, con la pericia, pero le llamaba la atención. También se comunicó con otro conocido en la Inspección, donde están registradas todas las sociedades y obtuvo información sobre quiénes eran los accionistas, la constitución y especialmente los balances. Estaba todo al día. ¡Algo extraño! Terminó su pericia y estaba en duda si manifestar ese resultado indirecto, no vinculado necesariamente, tal vez casual, pero de importancia económica. De todos modos, era el juez el que dictaminaría que era lo relevante y que no lo era. Decidió dejarlo para el día después. Esa noche le comentó a María:

—Tengo un problema de conciencia. Es raro porque siempre creí que tenía todo claro, con los clientes, con las pericias, con las declaraciones fiscales, con los pedidos de crédito a los bancos.

—¿En qué consiste el problema? ¿No será que tanta lectura de historia antigua te alborotó la cabeza?

—¡Justo vos lo decís, que siempre estás buceando en el inconsciente! ¡Yo ni sé qué es, que tanto lo nombras! A veces me parece que es un invento. Como un lindo cuentito con un montón de ejemplos improbables.

Ella se quedó mirándolo. Parecía que se iba a reír, pero no lo hizo. Se quedó un rato en silencio y le dijo:

—¿Sabes qué pasa? Ocurre que lo encontraste. No sé de qué se trata y probablemente ni siquiera lo entendería. Pero estás viviendo una tensión entre la rutina y algo dentro tuyo que te hizo investigar —Jorge Plutarco se quedó mirándola sin decir nada. Al final le dio un beso y ambos se pusieron a dormir. El día después en la oficina adjuntó toda la información e incluso hizo de manera que resaltara, porque eso era algo gordo. Lo mandó todo y contra el acuse de recibo, volvió a su oficina a dedicarse a las consultas que tenían sus clientes. A media tarde, paró para comer algo y fue

a la calle. De paso se tomaba un rato para descansar. Tenía la mente fatigada. Se quedó un buen rato sentado y al atardecer caminó unos pasos hacia el edificio y la oficina. Se terminaba el día y le dejaba un poco de tiempo para la lectura. Una vez delante de la pantalla se puso a leer los portales con las últimas noticias. Pasó como siempre por todas las secciones con método. Pero se detuvo un tiempo más en la parte de judiciales y policiales. Decían que estaban detrás de una gran operación de lavado de dinero conectada con un proceso penal en curso. Jorge Plutarco pensó que podía ser una estrategia para amenazar a los procesados con nuevas acusaciones y llevarlos a cierta colaboración en la indagatoria que les podía ser atenuante si los consideraban culpables. Jorge Plutarco miró las fotos de los procesados y luego leyó los nombres, nada le llamó la atención, particularmente. Luego se puso a leer la nota como para aprovechar el tiempo. Era una especie de resumen de la causa, mucho más periodística que judicial como era obvio. Justo sobre el final le llamó la atención el nombre y apellido de uno de los defensores de los procesados. Le sonaba de algún lado. Como si fuera alguien conocido. Jorge Plutarco conocía a muchos abogados, aunque no tantos penalistas. Si bien en la nota no decía si era penalista o no. Pero no lo podía sacar de ningún lado. Siguió leyendo, luego pasó a las redes para ver si había algo nuevo sobre su club de fútbol Almagro. Estaba contento por poder estar en el barrio de Almagro profanado por los hinchas de San Lorenzo. Se habían apropiado y se hacían llamar De Almagro, pero no le importaba. Apagó la computadora, ya no quedaba nadie en la oficina. También cerró con precisión las puertas internas de las oficinas, y dio varias vueltas a la cerradura de la blindada de la entrada. Esa noche no tocaba la limpieza, así que fue por la escalera al departamento. Se quedó mirando televisión hasta tarde, cuando ya todos dormían. Se desveló. A la madrugada finalmente se durmió.

Era una mañana de viernes, un día, generalmente de mucho trabajo porque todo lo que no se pudo hacer en la semana se debe hacer en ese día y si es un vencimiento no hay escapatoria.

El mismo se preparó un café fuerte en la máquina cuando lo interrumpió el chillido del portero eléctrico. Atendió y cuando escuchó ese apellido, en un instante recordó donde lo había visto. ¡Era uno de los que había constituido la sociedad esa tan llamativa XYX! Una sociedad anónima propietaria de inmuebles por doquier, edificios enteros, accionistas que a él no le decían nada. ¿Qué quería ese hombre? ¿Un abogado que lo veía a ver? Debía ser solo una coincidencia, seguramente algún asunto fiscal. Le pidió a una de sus colaboradoras que lo recibiera y lo llevara a su oficina. El mientras terminaba de preparar su café y lo esperaría sentado tras su escritorio. Escuchó el ascensor que llegaba a su piso. La puerta corrediza automática que cerraba y luego la blindada que pesadamente se abría sobre sus chirriantes goznes y bisagras. Debería mandar le pongan aceite o grasa o lo que lleve. No queda bien.

El abogado entró a la oficina con naturalidad, como lo que era una visita laboral. Pero dejó salir a la asistente y, curiosamente, el mismo cerró la puerta. Luego se sentó con decisión sobre una de las dos sillas que había frente al escritorio y le preguntó su nombre. Jorge Plutarco respondió que efectivamente se trataba de él, cuando el otro le repitió el suyo y sacó algo desde abajo del saco amplio que llevaba. Jorge Plutarco no lo podía creer, al ver el artefacto, era una pistola. Opaca, de acero pavonado y con el cargador puesto. El otro no perdía tiempo.

—Esta pistola es para que vea que es en serio. La próxima vez no la apoyamos sobre la mesa sino le tiramos unos cohetazos encima.

Jorge Plutarco se quedó frío y solo atinó a decir, siempre con el debido decoro, pero con claridad.

—Usted debe estar loco. A mí no me interesa ninguna actividad profesional con usted. Así que si no se retira llamo la policía.

Quedó muy conforme con la firmeza de su voz y la decisión con que se pronunció.

—Usted parece que es curioso y escribe lo que nadie le pide. Una sola mención más a lo que registró incautamente en la pericia y primero le tiramos a su familia para que vea y sufra y luego,

como le dije antes, le llega el turno de comer plomo. No se haga el vivo.

No esperó respuesta. Se levantó, llevando la pistola, abrió la puerta y se fue. Finalmente sentía la intensidad que relataba Plutarco, aunque él no fuera Julio César, Catón ni Bruto. Jorge Plutarco dejó la puerta abierta, pero nadie había advertido el diálogo. O quizás sí, pero no se animaban a entrar. Pero ya lo hecho no lo podía cambiar. Pero sentía que se acercaban problemas. Ese día se encerró en el trabajo y de nuevo fue el último en irse. Cerró todo con cuidado y escrúpulo. Fue a su departamento por la escalera. Por las dudas se tomó dos vasos de vino y aunque no fuera lo ideal se tragó después un ansiolítico y un hipnótico por las dudas. Se levantó el sábado con un poco de dolor de cabeza. Más le dolió cuando lo llamó el encargado para decirle que habían entrado a robar en su oficina. Se vistió lo más rápido que pudo y fue a revisar. No se habían llevado nada. Seguro ya desde remoto hackearon su computadora. Por las dudas que no se diera cuenta le habían dejado dos mensajes. Una bala en su primer cajón y una imagen de otra bala o la misma cuando accedía a la pantalla. En definitiva, no le habían robado nada salvo inutilizar el mecanismo de seguridad de la puerta principal y desconectar la cámara de seguridad de la entrada. «Son profesionales», dictaminó el encargado. Jorge Plutarco se preocupó por el asunto y se sintió finalmente a la altura de su segundo nombre. Probablemente estarían muy orgullosos todos sus ancestros, aunque no los conociera. Solamente se acordó, como es la memoria que aparece con detalles inesperados en momentos inoportunos. Su padre le había dejado un papel con todos los nombres de familia para no perder la tradición. Fue a buscar el papel. Afortunadamente no lo habían robado. Se quedó leyendo un rato. Era sábado, pero no perdería tiempo. Se puso en contacto con un compañero de colegio que hace mucho no veía. Se compró un revólver 38 largo y una buena cantidad de municiones. Se fue a la terraza de la casa de Mataderos y puso la música bien fuerte mientras practicaba en ese improvisado polígono. Su puntería, por

lo menos a corta distancia, era buena. Estuvo todo el fin de semana al acecho, pero no ocurrió nada. El lunes hacía el mediodía llamó a un abogado amigo para saber cómo iba ese proceso. A partir de ahora tenía que seguirle la pista a esa gente. El amigo le dijo que no podían zafar así no más. «Están hasta las manos». Se fijó de nuevo en la sociedad anónima XYX y había desaparecido. Hasta los inmuebles ya no estaban a su nombre. Escrituras en tiempo récord. Su inconsciente estaba cerca, sus ancestros en contacto. Ahora estaba seguro. Empezaba una nueva etapa de su vida, la de las «emociones paralelas». Acarició la culata del revólver. ¿Para qué se metió en todo eso? Así es la vida, decía Plutarco, hecha de pequeñas cosas. Su padre y su abuelo sonreirían desde donde estuvieran. Plutarco de Queronea, desde la eternidad, también.